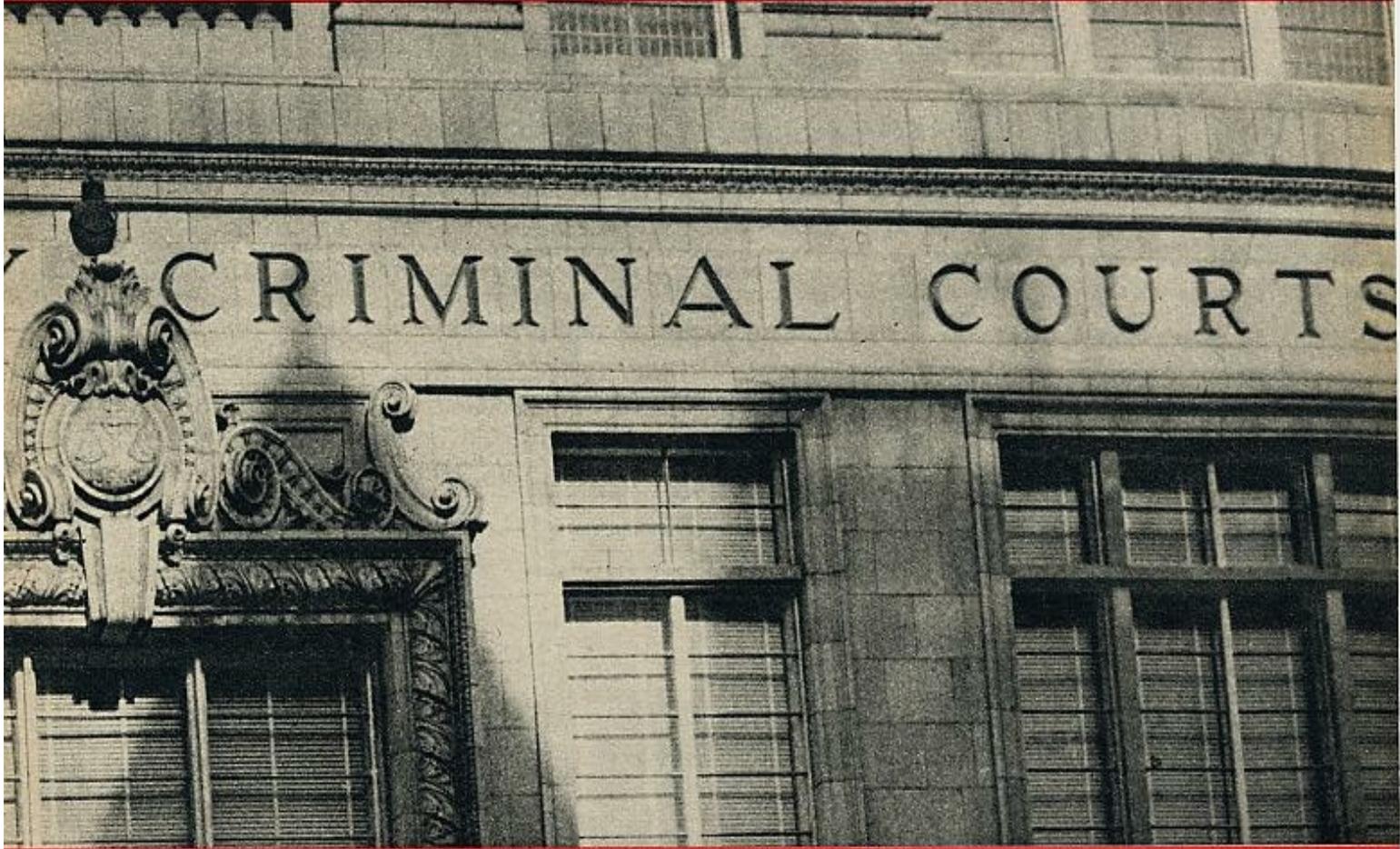


4.º LOS ASESINOS DE KENNEDY

DALLAS COUNTY



La «Comisión Warren», que investiga el magnicidio de noviembre, durante una de sus reuniones. De izquierda a derecha, vemos a Allan Dulles —ex jefe de la C. I. A.—; Hale Boggs, de la Cámara de Representantes; el senador Sherman Cooper; Earl Warren; senador Richard Russell; John Mac Cly y Gerald Ford.



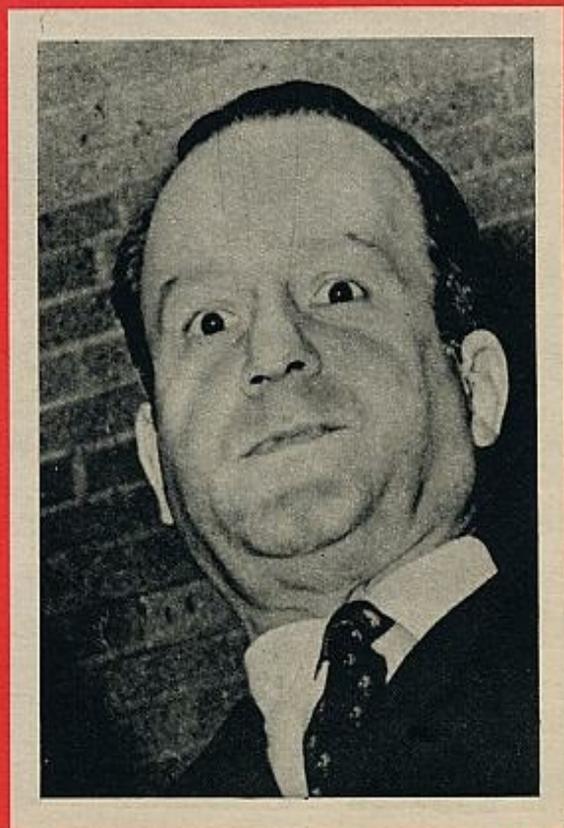
CRIMINAL COURTS

La «Dallas County Criminal Courts», donde tiene su sede el tribunal que condenó a Ruby, y la cárcel donde aguarda el resultado de los recursos permitidos por la ley.

RUBY

ESTA EN PELIGRO

EL autor de este informe, Thomas Buchanan, se trasladó a Dallas en los días del proceso de Ruby. Allí ha tenido ocasión de entrevistarse con una serie de personalidades ligadas muy directamente al «caso», entre ellas algunas que forman parte de la Comisión Warren. El texto íntegro de su informe, que será publicado en forma de libro, está actualmente en poder de la citada Comisión. De regreso a París, Buchanan prepara las nuevas entregas de su apasionante serie, en las que hará revelaciones sensacionales. El texto que hoy publicamos es como un inciso en esta serie, un paréntesis en el que Buchanan recapitula los datos obtenidos durante su investigación en los lugares mismos del crimen.



SIGUE

EL INFORME BUCHANAN HASTA AHORA

- ★ El asesinato de John F. Kennedy ha sido organizado y querido por un hombre o un grupo de hombres que por el momento llamaremos "H".
- ★ Lee Oswald ha sido uno de los instrumentos de este complot, el escudo tras el cual los demás se escondieron. Su pasado hace de él "el asesino ideal". Ha servido para lo siguiente: para comprar ostensiblemente la carabina, posiblemente para hacer entrar a un tirador en el edificio del Depósito de Libros. Designado de antemano para cargar con el peso del crimen, creía que le facilitarían la huida.
- ★ Tippitt había sido encargado de suprimirle. Si lo hubiera conseguido, el mundo —y esencialmente América— habría quedado persuadido de que un comunista había matado al Presidente de los Estados Unidos. Con todas las consecuencias que ello comportaría.
- ★ Un tirador estaba apostado en el puente, frente al coche presidencial. Es él quien, en inmejorables condiciones, ha disparado la primera bala sobre

John F. Kennedy. El puente no estaba vigilado. Este tirador ha tenido las mayores facilidades para escapar cuando la atención de las gentes la atrujo un segundo tirador escondido en el interior del Depósito donde se encontraba Oswald.

- ★ Es posible que este tirador haya sido el propio Ruby. En todo caso, éste se encontraba solo, unos minutos antes del crimen, en las proximidades del puente, en el edificio del "Dallas Morning News". Allí se encontraba de nuevo unos minutos más tarde. Nadie le ha visto entre tanto.
- ★ Lee Oswald fue más rápido que Tippitt. Dándose cuenta de lo que éste iba a hacer, tiró el primero. Cuando le detuvieron, creyó al principio que sólo estaba acusado del asesinato de Tippitt. Cuando supo que se le acusaba del asesinato del Presidente no tuvo la posibilidad de hablar con un abogado.
- ★ En el momento en que "H" podía temer que Oswald hablara, Ruby le hizo callar para siempre.

A pesar de su reconocida habilidad, el abogado Melvin Belli, una especie de Perry Mason de California, no pudo evitar que el jurado declarase culpable a Ruby y que el procesado fuera condenado a muerte. Belli aparece en la fotografía, después del juicio, con su esposa y J. Tonahill, otro abogado de la defensa.





Arriba, los cuatro hermanos de Ruby solicitan al abogado Percy Foreman que se encargue de la defensa del asesino de Oswald. Finalmente, Foreman rechazaría esta proposición. Ha decidido aceptarla, en cambio, el doctor Hubert Winston Smith —abajo—, profesor de la Universidad de Tejas.

EL complot comienza a devorar a sus criaturas. La condena a muerte de Ruby, totalmente imprevisible según la mayoría de los comentaristas, no ha debido sorprender a nuestros lectores. Porque si Ruby, Oswald y sus cómplices formaban parte del mismo complot, era preciso que Ruby desapareciese, lo mismo que Oswald, antes que él.

Pero Ruby no morirá en la silla eléctrica. No vivirá lo suficiente. Desaparecerá antes de su ejecución. El terreno ha sido perfectamente abonado para ello: la pretendida locura de Ruby hará plausible su intento de suicidio. Y este intento —estoy seguro de ello— no se frustrará.

El propio abogado de Ruby ha intentado probar que su cliente sufría trastornos que le impedían darse cuenta de lo que hacía. Nada más lógico, entonces, suponer que durante uno de sus accesos —acceso que no tardará en producirse— Ruby, destrozado por el veredicto de Dallas, pondrá fin a su vida. Con él desaparecerá el principal peligro de indiscreción sobre el asesinato de Kennedy.

Considero, pues, de la mayor urgencia que la Comisión Presidencial, dirigida por el presidente del Tribunal Supremo, Earl **SIGUE**



LOS ASESINOS DE KENNEDY

RUBY NO VIVIRA LO SUFICIENTE PARA MORIR EN LA SILLA ELECTRICA



EL ASESINO DE OSWALD SE LLEVARA A LA TUMBA LOS SECRETOS DEL COMLOT QUE HIZO POSIBLE EL MAGNICIDIO



EL TEXTO INTEGRO DE ESTE INFORME SE ENCUENTRA YA EN MANOS DE LA COMISION WARREN EN WASHINGTON

Warren, adquiera y ejerza el derecho de situar a Ruby bajo su protección durante la instrucción de su proceso de apelación.

nada de confesiones

Dejarle en manos de una policía, uno o varios miembros de la cual desean reducirle al silencio, no sólo sería inhumano sino que hipotecaría aún más las posibilidades de una investigación cuyas puertas hubieran debido mantenerse abiertas a todo precio y a la cual la muerte de Oswald ha cerrado ya unas cuantas. Esperemos que este error no se repetirá.

Sería erróneo, de todos modos, pensar que Jack Ruby, por el hecho de haber sido condenado a muerte, quiera ganarse la clemencia confesando y dando los nombres de sus cómplices. Esto no le interesaría, salvo si únicamente fuese culpable del asesinato de Oswald, pero totalmente inocente del de Kennedy. No le interesaría, excepto si la policía le hubiera obligado a matar a Oswald —y le hubiera facilitado la tarea— prometiéndole, a cambio, la impunidad por otro crimen gravísimo pero cuya revelación no entrañara la pena de muerte.

Supongamos, no obstante, que Ruby estaba igualmente comprometido en el asesinato de Kennedy. En este caso, al denunciar a sus cómplices, se vería obligado a confesar que no sólo ha sido el asesino de Oswald, sino también uno de los asesinos del Presidente. Luego no habría salido ganando nada.

en buenas manos

Por ello, los cómplices de Ruby pueden contar con su silencio, al menos hasta el instante en que haya agotado sus recursos. A partir de este momento, no obstante, deberán empezar a temer que Ruby les denuncie, por venganza y por desesperación. Por ello es urgente que Ruby sea colocado bajo la vigilancia y la protección directa de una autoridad que, como la Comisión Warren, se encuentre por encima de toda sospecha.

El texto íntegro de mi informe sobre el asesinato de Kennedy —del que ustedes han leído extractos— se encuentra ahora en buenas manos en Washington, a petición de uno de los miembros de la Comisión Warren que investiga sobre el crimen.

He tenido ocasión de discutir sobre este asunto con uno de los miembros de la Comisión, a

raíz de una entrevista de más de una hora con el fiscal general adjunto Nicholas De B. Katzenbach, en el cual el fiscal general o ministro de Justicia, Robert Kennedy, ha delegado poderes, cada día más amplios, durante los últimos meses. Mr. Katzenbach es quien me ha proporcionado una cita con la Comisión Warren.

La principal finalidad de mi viaje a Dallas no ha sido la de observar el alucinante circo del proceso Ruby. Quería, sobre todo, examinar la avenida en la que Kennedy fue asesinado, el puente y los edificios vecinos. Quería, en la medida de lo posible, reconstruir el crimen tal como los asesinos pudieron premeditarlo fríamente.

Los lectores conocen ya, en parte, los resultados de mis observaciones: las fotografías publicadas la semana pasada demostraban que, tirando a través de las aberturas practicadas en el pretil del puente, era mucho más fácil darle a Kennedy que desde el sexto piso del Depósito, ya sobrepasado por el coche presidencial. Un tirador apostado en el puente no sólo se encontraba a menor distancia de su blanco, sino que se hallaba en el eje del coche presidencial, que avanzaba casi en línea recta hacia él.

agujereado o roto

Una de las principales preocupaciones que he podido constatar en Washington —donde se defiende con fanatismo la tesis de que Oswald ha actuado solo— es la de desacreditar por todos los medios el primer testimonio directo, publicado por Richard Dudman del «St. Louis Post Dispatch», y confirmado por Frank Cormier, de la Associated Press: Dudman atestiguó, en efecto, que había en el parabrisas delantero del coche un agujero de bala «redondo y pequeño».

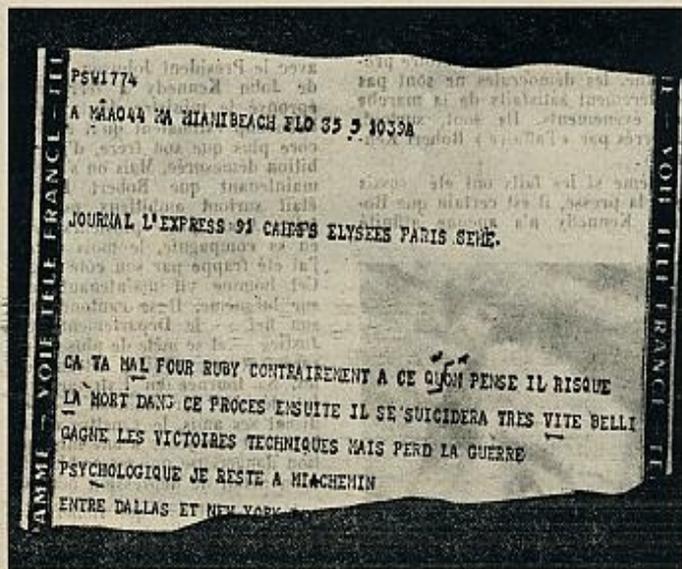
Todos los periodistas con los que he entrado en contacto tienen en la más alta estima las cualidades profesionales de Dudman; pero todos insisten en el hecho —subrayado con fuerza por los investigadores oficiales— de que Dudman y Cormier han podido equivocarse, que no se encontraban lo bastante cerca del coche —que la policía les impedía examinar— para darse cuenta de que el parabrisas no estaba agujereado sino simplemente roto por un rebote. Este rebote, se dice ahora, era el de un fragmento de la bala que hirió al gobernador Connally.

una nota falsa

Aunque yo no logre comprender en función de qué está amenazada por este asunto la seguridad del Estado, los periodistas no han podido ver todavía este misterioso parabrisas, casi cuatro meses después del atentado. El parabrisas ha sido llevado a la Comisión Warren, protegido de las miradas de los periodistas por una manta, y ha sido devuelto con la misma discreción. Los portavoces de la Comisión no han revelado las conclusiones de su examen.

Pero aparte las dudas que se pueden tener sobre la autenticidad de una pieza de convicción presentada con tan gran retraso, el problema del parabrisas me parece actualmente secundario. Porque después de haber examinado el lugar del crimen, considero que una bala disparada desde lo alto del puente del ferrocarril habría pasado por encima del parabrisas sin tocarlo. En efecto, en el momento de hacerse el primer disparo, el coche presidencial bajaba una cuesta, a sesenta metros del puente. La delantera del coche estaba, pues, más baja que los asientos traseros. Una bala que se dirigiera a la garganta del Presidente, según una trayectoria ligeramente parabólica, debía pasar justo

SIGUE



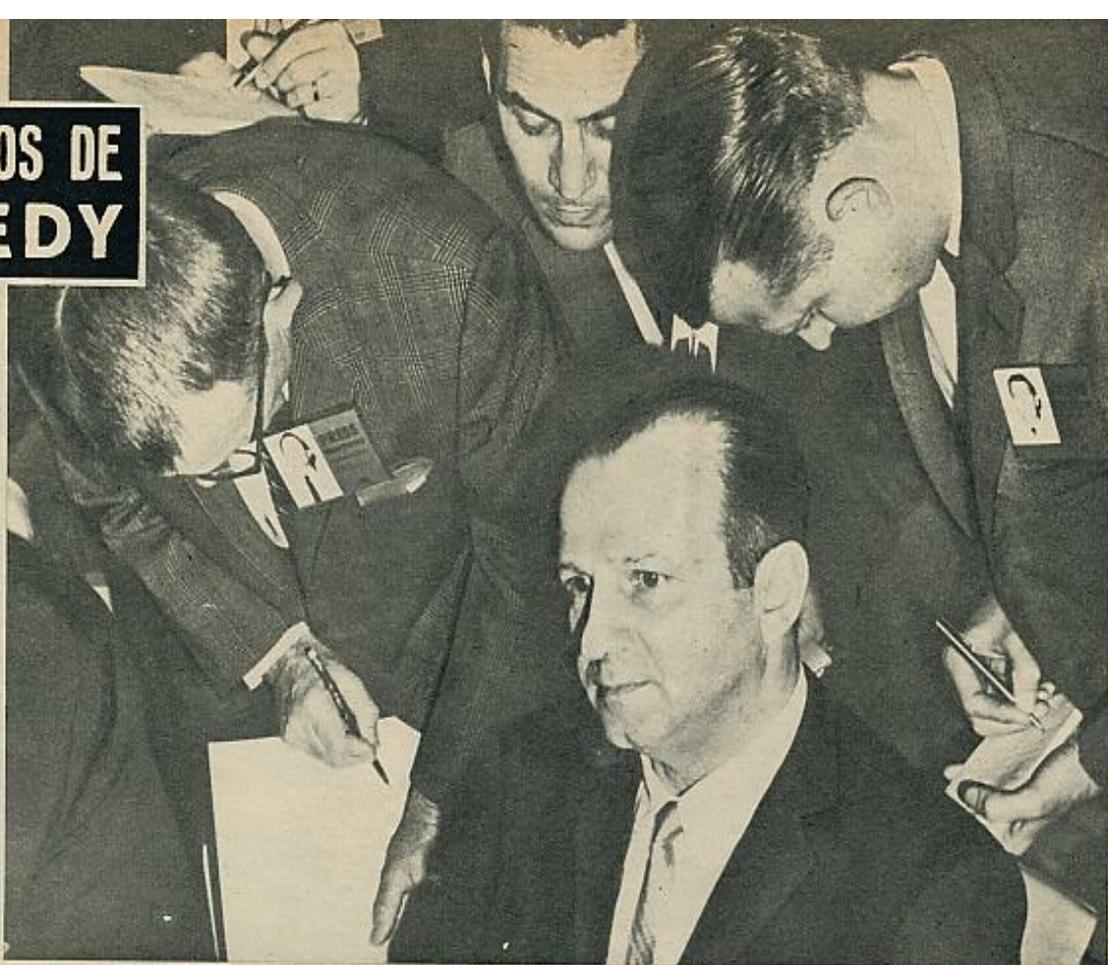
Buchanan cablegrafió ya camino de Nueva York: «Esto va mal para Ruby, contrariamente a lo que se piensa. Después de este proceso se suicidará». Belli gana victorias técnicas, pero pierde la guerra psicológica...



Tras haber leído el juez Brown el veredicto de culpabilidad, algunos miembros del jurado que condenó a Ruby manifiestan categóricamente su parecer individual levantando la mano. Abajo, los abogados defensores Melvin Belli y J. Tonahill, en plena actuación durante una de las sesiones del proceso de Jack Ruby.



LOS ASESINOS DE KENNEDY



Dallas vivió en tensión los días del proceso de Jack Ruby. Los periodistas asediaron al asesino de Oswald sin obtener de él ninguna información. En opinión de Buchanan, Ruby se llevará a la tumba los secretos del complot en que participó.

por encima del parabrisas. Este no ha podido ser tocado más que por una bala que hubiera fallado su blanco.

El testimonio de Dudman y Cormier no se hace por ello menos importante. En efecto, si es exacto, hay que concluir que se disparó una cuarta bala que falló por completo. Ahora bien, un investigador oficial, cuyo nombre no puedo revelar, me ha asegurado formalmente que si ha habido cuatro disparos ha debido haber dos asesinatos. Según mi interlocutor se ha probado, sin lugar a dudas, que ningún hombre podría hacer cuatro disparos, en un lapso tan breve de tiempo, con un fusil semiautomático de visor telescópico.

Otro punto importante me ha sido confirmado por un alto funcionario encargado de la investigación: no existe ninguna explicación satisfactoria del hecho —confirmado— de que las mejillas de Oswald estuvieran libres de pólvora cuando la policía, poco después de su detención, le sometió a la prueba de la parafina. El funcionario reconoció que en esto había una «falsa nota»: «Oswald —dijo— no habría podido quitarse las señales de pólvora de los poros de su rostro más que jabonándose y cepillándose enérgicamente, como hacen los cirujanos antes de una operación». No obstante, añadió mi interlocutor: «todos los asuntos criminales tienen notas falsas de este tipo».

Un tercer punto débil de la tesis oficial me fue confirmado. Después de una entrevista con un periodista muy experimentado, en Washington, había sacado la impresión de que, en los medios oficiales, un tirador tan mediocre como Oswald seguía siendo considerado capaz de colocar en el blanco dos de tres tiros, desde el sexto piso del Depósito. «A lo mejor ha tenido suerte ese día», me declaró el periodista. Pero no era esa la opinión de un investigador bien informado con el que me entrevisté a continuación. Este funcionario me dijo abiertamente que el hombre que

disparó desde el Depósito —suponiendo que fuera el único asesino— debía ser un tirador «excepcional». Y admitió que las notas obtenidas por Oswald en los «marines» permitían dudar que el sospechoso oficial fuera un tirador de esta calidad.

la comida

Yo había señalado una cuarta inverosimilitud en la tesis oficial: Oswald no ha podido comer los alimentos y fumar los cigarrillos, cuyos restos fueron hallados en el sexto piso del Depósito. No pudo, primero, porque no tenía tiempo, y, después, porque nunca había fumado. Mis análisis sobre este punto me fueron confirmados de fuente oficial. La Comisión —me han asegurado— sabe quién ha consumido la comida y fumado los cigarrillos: no era Oswald, sino uno de sus compañeros de trabajo. Será, sin duda, interrogado sobre las razones que le han incitado a reponer fuerzas en un lugar tan inverosímil el día del asesinato de Kennedy.

Me han asegurado, por otra parte, que todos los empleados del Depósito iban a ser interrogados por la Comisión. Por ello, todavía es difícil prever cuándo terminará aquella sus trabajos. Según algunos, la encuesta podría prolongarse hasta mediados del verano...

En Dallas, la selección de jurados estaba casi terminada el día de mi llegada. «La acusación» y «la defensa», mientras bailaban con arte según los pintorescos ritmos orquestados por los «expertos» de las dos orquestas, no han podido impedir que algunos elementos suplementarios vengán a enriquecer nuestro conocimiento de Jack Ruby:

1.º Los empleados del «Dallas Morning News», que volvían a su oficina después de haber asistido al asesinato de Kennedy, encontraron

a Ruby muy «trastornado». Tuvieron la impresión de que Ruby —que no se había unido a ellos para ver pasar al Presidente, a pesar de la adoración por él que manifestó profesar poco más tarde— reaccionó con una emoción inusitada ante su relato del acontecimiento.

El abogado de Jack Ruby, que generalmente nunca olvidaba un detalle referente a la condición física de su cliente, no nos dice, no obstante, si en este momento Ruby había perdido el aliento o daba señales de un reciente esfuerzo físico. El fiscal del distrito, Wade, no ha intentado profundizar en la cuestión en este punto.

2.º En descargo de Ruby se ha afirmado que no ha podido premeditar el asesinato de Oswald; en efecto, el traslado de éste había sido anunciado para las diez, el 24 de noviembre, y a esta hora Ruby se encontraba a kilómetros de distancia de la prisión. Según los testimonios, no entró en ella hasta las 11,19. En este preciso momento la policía hacía subir a Oswald en el ascensor de la prisión. El disparo fatal fue hecho a las 11,21, dos minutos después de la aparición de Ruby. Su abogado habría podido, pues, sostener con una lógica irrefutable que nadie, salvo la policía de Dallas, podía saber que Oswald se encontraría aún en la prisión a la hora en que Ruby llegó a ella.

3.º Ruby ha hecho una interesante declaración al detective Thomas McMillon, al sargento Patrick Dean y a otros policías que le interrogaron después de su detención. Se indignó no sólo por el papel pretendidamente representado por Oswald en el asesinato de Kennedy, sino también ante el asesinato del agente Tippitt, al que, según la hermana de Ruby, éste amaba «como a un hermano». Explicando las razones por las que había matado a Oswald, Ruby declaró —entre otras cosas— a la policía: «alguien tenía que hacerlo. ¿No creerían ustedes, por lo menos, que le iba a dejar largarse, no?»

Cuando los «expertos» comenzaron sus aca-
llores, me fui a Miami. Allí se había difundido
la noticia de que el Presidente Johnson había es-
capado de milagro a una tentativa de asesinato
dirigida desde La Habana.

Ni en Miami ni después en Nueva York o
Washington he encontrado un solo periodista res-
ponsable que concediera crédito a las historias
publicadas por los diarios sensacionalistas de Mia-
mi. Según éstos, en el avión de Johnson debía
ser colocada una espoleta por un piloto castrista,
pero las medidas de seguridad tomadas del lado
americano habrían impedido la ejecución de este
plan.

un pretexto suficiente

El interés de esta acusación no reside en la
precisión de los detalles que se dieron, sino en
el hecho de que procediera de Miami. En efecto,
si fuera preciso decir la ciudad en que el Presi-
dente de los Estados Unidos corre más peligro
de ser muerto, Miami figuraría en primer lugar
de la lista. Situada en un estado donde siempre
ha sido fuerte la tensión racial y donde el Ku-
Klux-Klan sigue siendo una fuerza con la que
hay que contar, Miami es también, desde hace
algunos años, el centro militar y financiero del
movimiento antiastrista. Los refugiados cubanos
preparan incansablemente la invasión de la isla,
y los periódicos en lengua española publicados
en Miami les aseguran que esta invasión es cues-
tión de días.

Los antiastristas de Miami están divididos en
facciones favorables y hostiles al antiguo dictador
Batista y cada facción está a su vez subdividida
en grupos que se odian mutuamente con la mis-
ma vehemencia con que odian a Castro. Algunos
de esos grupos piensan que Castro y Johnson les
han traicionado; sueñan con poder matar al Presi-
dente de los Estados Unidos y poder imputar
el asesinato a las fuerzas castristas.

Semejante atentado —creen— justificaría la
ocupación militar de La Habana por los Estados
Unidos —ocupación que reclaman ruidosamente—,
lo mismo que la pretendida asociación de
Lee Harvey Oswald con el «Fair Play for Cuba»

era considerada por los extremistas americanos
como un pretexto suficiente para invadir la isla.

con optimismo

Desde Miami fui a Washington. Después de
una entrevista con Katzenbach y un funcionario
de la División Criminal del Departamento de Jus-
ticia me puse en relación, siguiendo el consejo de
éstos, con Howard P. Willens, miembro de la
Comisión Warren y principal oficial de enlace
entre la Comisión y el Departamento de Justicia.

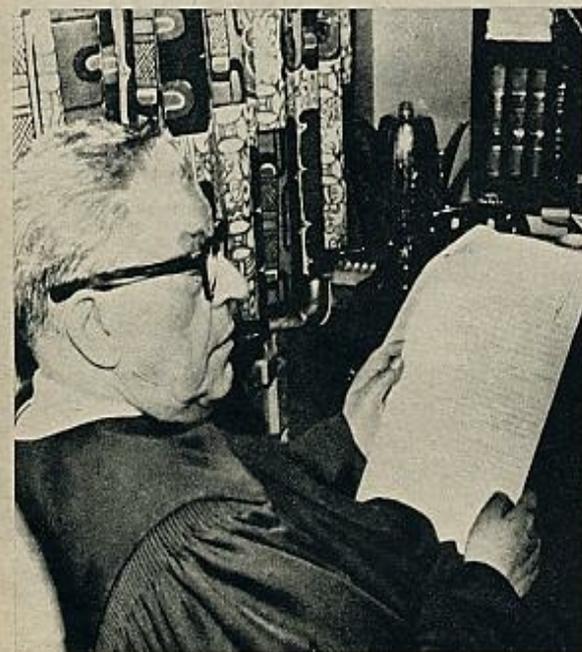
Willens ha rechazado algunos de los puntos
establecidos en mi informe: habían sido escla-
recidos —en su opinión, por lo menos— a satis-
facción de la Comisión. No obstante, tomó notas
detalladas sobre la mayor parte de las cuestiones
suscitadas. No estoy autorizado a escribir sobre
estos puntos. Al final de nuestra larga charla, Wi-
llens examinó los documentos gráficos obtenidos
para su publicación, en Dallas, y luego me pidió
toda la documentación que «L'Express» pudiera
proporcionar.

El mismo día, la Comisión Warren escuchaba
la declaración de James Richard Worrell, ciuda-
dano de Dallas que había presenciado el atentado
contra Kennedy. Worrell afirmó abiertamente, a
su vez, que había oído cuatro disparos, y no tres
como afirma el F. B. I. La declaración de Wo-
rell está ahora oficialmente registrada y confirma
una tesis central de mi informe, a saber: que el
primer disparo fue hecho desde el puente de fe-
rrocarril y que los otros tres se hicieron desde el
Depósito.

Aunque los medios oficiales, en Washington,
sigan desmintiendo que Oswald haya tenido cómplices,
los acontecimientos de estos últimos días
tienden a mostrar que la Comisión Warren es
cada día más sensible a los elementos de prueba
contrarios a la tesis oficial.

Tengo la impresión —y no soy el único en este
caso— de que la investigación podría tener, den-
tro de poco, brotes importantes. Mi confianza
en que la Comisión Warren sea capaz de salir
adelante en su tarea inmensamente difícil ha sido
confirmada por los contactos que he podido es-
tablecer con ella y he salido de Washington con
un optimismo mayor del que tenía a mi llegada.

(Copyright OPERA MUNDI-FIEL 1964 y
"TRIUNFO" en exclusiva para España)



El juez Brown durante la lectura
de los cargos contra Jack Ruby.
Buchanan cree que Ruby,
aunque quizá conozca
a los verdaderos promotores
del asesinato de Kennedy,
no los delatará. Sus cómplices
pueden contar con su silencio
hasta que agote
sus recursos. Pero, ¿después...?

EN NUESTRO PROXI-
MO NUMERO, OTRO
SENSACIONAL
REPORTAJE
DE LA SERIE

LOS ASESINOS DE KENNEDY

5

¿QUIEN
MUEVE
LOS
HILOS?

El complot que hizo
posible la muerte
de Kennedy tiene
unas hondas raíces

Un nuevo capítulo del
apasionante informe
Buchanan, que estu-
dia en estos momen-
tos en Washington
la Comisión Warren

OTRA GRAN
EXCLUSIVA DE
triunfo
PARA ESPAÑA